

ATLAS DE ISLAS REMOTAS
Judith Schalansky
Traducción de Isabel G. Gamero
Capitán Swing/Nórdica Libros
Madrid, 2013
150 págs.

Paraíso e infierno de las islas

Miguel A. Moreta-Lara

Schalansky, nacida en 1980, es una escritora, editora y diseñadora gráfica alemana. Se graduó en Historia del Arte y en Diseño de la Comunicación. Cuando este *Atlas de islas remotas* (atención al subtítulo: *Cincuenta islas en las que nunca estuve y a las que nunca iré*) se publicó en su país, recibió el premio al libro más bello del año 2009. El mismo premio volvió a recibirlo en 2012 por su novela *El cuello de la jirafa* (Mondadori, 2013). Pero lo que te ofrece esta obra es algo más que belleza: el uso del color (páginas blancas, ocre y grises), la distribución del contenido (en las páginas pares el texto y los mapas en las impares), la ficha que precede a cada texto, las tapas duras, el índice, etc., convierten este tratado isleño en un objeto felizmente legible, tan artístico como funcional.

El proyecto poético de Schalansky tiene origen en su fascinación infantil por la cartografía, por los globos terráqueos y los viajes: “recorrer un mapa con el dedo índice puede ser entendido como un gesto erótico”. Todo mapa es una invitación al viaje, es un viaje: cualquier itinerario será posible sobre un atlas, desde casa, desde el libro. El mapa, tal que un jardín infantil -donde el tiempo y el lugar son una misma cosa-, constituye una representación de la selva, del bosque, de un viaje tan real como imaginario, un trayecto tan veloz como inmóvil.

Estas cincuenta islas entrañan cincuenta incursiones en la historia de cada una, cincuenta relatos que, con el mimo de un naturalista, van ensartando circunstancias y detalles asombrosos. La isla mínima es la francesa **Tromelin**, con solo 0'8 km², también llamada **Isla de Arena**, donde se narra la historia de un naufragio. La más extensa es la rusa **Rodolfo**, con 297 km², en el Ártico, descubierta en 1874 durante la expedición austrohúngara al Polo Norte y bautizada con el nombre del hijo de Sissí. Igual que Isla Rodolfo, se mencionan hasta 19 islas deshabitadas. Las más populosas son la ecuatoguineana **Annobon** (5.008) y la caboverdiana **Brava** (6.804), donde los habitantes tienen los ojos azules y la piel negra y en las tabernas del muelle se oyen canciones tristes:

*Cuando me escribas,
yo te escribiré.
Cuando me olvides,
yo te olvidaré.
Sodade, sodade.
Sodade en mi tierra de São Nicolau,
hasta el día en que regreses.*

La señora Schalansky nos zarandea con unos acontecimientos inesperadamente estupendos. **Diego García** [nombre de su descubridor, un marinero de Moguer] alberga una base usamericana secreta (para lo que, previamente, se desalojó a sus habitantes). **Fangataufa** sufrió una bomba de hidrógeno (¿hace falta recordar que es una isla deshabitada?). En **Howland** se escuchó por última vez antes de que desapareciera a Amelia Earhart, heroína de la aviación. **Santa Helena** será la isla de la muerte para su personaje más famoso, aquel que la habitó durante cuatro años y medio: “vigilado por un regimiento, malvivía en un altiplano a la merced de los vientos, rodeado del círculo de sus traidores más leales”. En la deshabitada **Taongi** hay una tumba con los huesos del joven Scoot Moorman, eclipsado cuando estaba pescando en la costa de la isla hawaiana de Maui, unos 3.700 km al este de Taongi. Los pájaros de Hitchcock atacan al cadete Henry Eld en **Macquarie**. Se necesitan 8 años para conseguir un permiso de acceso a la isla francesa de **Amsterdam** [avistada por Juan Sebastián Elcano un siglo antes de que un capitán holandés la bautizara con el nombre de su barco, el *Nieuw Amsterdam*], cuyos 25 habitantes -técnicos de la estación de investigación- se reúnen por la noche para ver películas porno. La isla australiana **Navidad** es el escenario de una guerra permanente entre 120 millones de cangrejos rojos y ominosos ejércitos de hormigas araña amarillas. A finales de enero de 1521 Magallanes, tras 50 días de desastrado viaje oceánico sin comida ni apenas agua, arribó a una tierra donde no encontraron nada con que calmar el hambre y la sed; la llamaron **Isla de la Decepción**, conocida hoy como **Napuka**, en la Polinesia Francesa. **Iwo Jima**, tumba de más de 20.000 japoneses, es el pretexto para contar la historia de una foto¹. Para la neozelandesa **Raoul** se solicitan cada año voluntarios, que “deben ser ágiles y versátiles, tener espíritu aventurero sin llegar a ser temerarios”.

Aunque los auténticos protagonistas de esta galería sean las ínsulas, pululan en su derredor una partida de personajes increíble: William Glass (fundador de un estado microcomunista en **Tristán de Acuña**), Marc Liblin (que aprendió mientras dormía en su casa de Francia el habla de los nativos de **Rapa**), Robert Dean Frisbie (descriptor del paraíso sexual de **Pukapuka**), August Gissler (buscador de tesoros, que horadó toda la **Isla del Coco**), Victoriano Álvarez (farero mexicano, violador y asesino, que se autoproclama rey de **Clipperton**) o la troupe austroalemana que interpreta un culebrón en la ecuatoriana **Floreana** (o **Santa María**, una de las **Galápagos**)... Ínsulas, personajes, historias delirantes para amenizar cincuenta días y cincuenta noches de fiebre, de inquietud, de mareo literario...

En la introducción a este tratado de sorprendentes insularidades, la autora hace varias observaciones, de las que apuntaré aquí solo unas pocas. Aunque aparenten deslizarse hacia la pura obviedad, tienen su *miga*:

- Dada la forma esférica e ilimitada de la Tierra, cualquier lugar puede ser considerado el centro del mundo.

¹ La imagen de seis marines que apuntalan el mástil de la bandera (Joe Rosenthal, 23/02/1945). Ciertas fotografías de guerra se han convertido en emblemas muy perdurables: la del miliciano cayendo en un campo de Córdoba (Robert Capa, 05/09/1936) o la de la niña vietnamita quemada por el napalm (Nick Ut, 08/06/1972), por ejemplo, van aparejadas a la evocación de esas guerras.

- Las islas son pequeños continentes y los continentes, pequeñas islas.
- Todos los mapas son el resultado y la práctica de la violencia colonial.
- El oficio de cartógrafo es un arte poético y los atlas un género literario de belleza máxima.

La isla quizá sea uno de los símbolos más fecundos de la cultura occidental, posiblemente humana. Los geógrafos, según nos recuerda el filósofo Gilles Deleuze (1925-1995)², hablan de dos tipos de islas: “Las *islas continentales* son islas accidentales, islas derivadas: se separan de un continente, nacen de una desarticulación, de una erosión, de una fractura [...]; *las islas oceánicas* son islas originarias, esenciales: ora aparecen constituidas por corales [...], ora surgen de erupciones submarinas”. Pero lo que concluye el pensador, y nos resulta ahora para nosotros de muy pertinente aplicación, es que la esencia de la isla desierta es imaginaria y no real, mitológica y no geográfica: “Soñar con las islas -con angustia o alegría, qué más da- es soñar que uno se separa, que ya está separado, lejos de los continentes, solo y perdido, o bien es soñar que partimos de cero, capaces de recrear, de recomenzar”.

Pero -no lo perdamos de vista- las islas de las que habla Schalansky no son islas fantasmas, sino muy verdaderas, perfectamente localizadas... ¿Seguro? Sin duda, si las comparamos con las innúmeras maravillas de las islas ucrónicas y utópicas³, engendradas por el sueño de la razón de escritores y artistas⁴. Y de cualquier hijo de vecino: no me resisto a evocar las islas de tantos viajeros favoritos (Jasón, Ulises, Simbad⁵, entre otros), la **Ítaca** de Homero (pero también de Kavafis), la de **San Brandán** (tantas mágicas veces recontada por Álvaro Cunqueiro), la **Atlántida** de Platón, la **Avalon** del rey Arturo, las de los piratas de Verne y de Salgari y de Stevenson, la **Kirrin** de los cinco, la **Corfú** de los hermanos Durrell, la ínsula **Barataria** del maltraído y socarrón Sancho... Las islas de mi mitología íntima no estarían completas sin el catálogo de las que aprendí en la canción (*Capri c'est fini*⁶), en la escuela (todas explosivas: atolón **Bikini**, **Krakatoa**), en el cine⁷ y, como vengo diciendo, en la literatura. De adolescente, una novela que me conmovió grandemente -a esa edad las experiencias lectoras son imperecederas- fue *La isla de los*

² El artículo titulado “La isla desierta” es un corto texto de gran interés para una reflexión sobre las islas. Puede leerse aquí: <http://web.uaemex.mx/plin/colmena/Colmena41/Aguijon/Gilles.html>

³ En principio la isla es un símbolo del paraíso, un más allá donde residen la belleza, el placer y la bondad, el territorio de la felicidad, el final de todo viaje iniciático: la paz, la soledad, el refugio. Por eso las utopías siempre son concebidas como islas: *Utopía* (1516) de Tomás Moro, *La Ciudad del Sol* (1602) de Campanella, *Cristianópolis* (1619) de Johann Valentín Andrea, *La Nueva Atlántida* (1627) de Francis Bacon, *Océana* (1656) de James Harrington...

⁴ Un prodigioso catálogo de estos engendros (y de islas imaginarias) puede consultarse en Alberto Manguel y Gianni Guadalupi (2000): *Breve guía de lugares imaginarios*, Madrid, Alianza.

⁵ Algunas a las que arribó el marino de Bagdad eran **Kafirete**, las **Cotovías**, **Gutor**, **Barabón**, **Trapobana** y **Novena** (“que se mueve cada año un sexto de legua y en el 2136, si nada la detiene, estará delante de Tarragona”, sostiene Cunqueiro).

⁶ Éxito de 1965 interpretado por el cantante francés Hervé Villard.

⁷ De la deslumbrante filmografía de Marlon Brando, hay varias islas perdurables en mi imaginario: *Queimada* (Gillo Pontecorvo, 1969), *Rebelión a bordo* (Lewis Milestone, 1962) y *La isla del Dr. Moreau* (John Frankenheimer, 1996, remake muy inferior al filme del mismo título de Don Taylor, 1977). Las islas Hawái hicieron mella en mi mente infantil a través de *Hawái* (George Roy Hill, 1966) y, sobre todo, *La taberna del irlandés* (John Ford, 1963), revisionada incansables ocasiones. Pero la isla que más me impactó fue la de *Strómboli, tierra de Dios* (Roberto Rossellini, 1950).

hombres solos (1963)⁸ del costarricense José León Sánchez, una autobiografía de un condenado a perpetuidad en el penal insular de **San Lucas**. Este es uno de los mejores ejemplos de la isla infierno, espacio distópico, símbolo de exilio, aislamiento, soledad, tortura y muerte.

Dejo para el final la isla más literaria y que, en los últimos tres siglos, aparece más entretrejida de verdad e imaginación, de historia y deseo, de geografía y política. Trataré de resumirles tres historias en un solo párrafo. Juan Fernández (1528/1530-1599), un marino español (cartagenero, por más señas), avista en sus viajes entre 1564 y 1574 un archipiélago, en el Pacífico sur, frente a Valparaíso, que será conocido como islas **Juan Fernández** (las más grandes serán nombradas **Más a Tierra**, **Santa Clara** y **Más Afuera**). Un marino escocés, Alexander Selkirk (1676-1721), enrolado en el galeón *Cinque Ports*, discute con su capitán y este lo abandona -cual náufrago- en la isla Más a Tierra, donde permanecerá 4 años y 4 meses (1704-1709), hasta ser rescatado por el corsario inglés Woodes Rogers (1679-1732), piloto del *Duke*, que regresaría a Inglaterra como héroe nacional en 1711 tras haber capturado el Galeón de Manila. Rogers escribiría y publicaría en 1712 un libro⁹ en el que contó sus aventuras y detalló las del rescatado Selkirk. Es muy posible que Daniel Defoe (1660-1731) entrevistara a Selkirk y, desde luego, leyera el famoso libro del reputado corsario Rogers. También pudo haber leído los muy difundidos *Comentarios Reales de los Incas* (Lisboa, 1609)¹⁰ del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616), en donde se contaban las peripecias de Pedro Serrano, náufrago español y sobreviviente durante 8 años (1526-1534) en un banco de arena del Caribe colombiano (hoy llamado **Banco Serrana**). Cuando Serrano fue rescatado, vivió de relatar y divulgar su historia, que el Inca Garcilaso conoció por el caballero Garci Sánchez de Figueroa, aunque al parecer hay un relato escrito por el propio aventurero y conservado en el Archivo General de Indias en Sevilla. Hace rato que ya habrán deducido que toda esta maraña viene a que Daniel Defoe publicó en 1719 su *Robinson Crusoe*, con la que creó un mito universal¹¹, estuviera o no basada en los episodios de los náufragos Serrano y/o Selkirk. Así que el gobierno chileno cambió en 1966 los nombres de sus islas: a la de Más a Tierra (donde estuvo Selkirk) la rebautizó como **Robinson Crusoe** (donde nunca estuvo Robinson¹²) y a la de Más Afuera como **Alexander Selkirk** (nunca pisada por Alexander Selkirk). Al fin, todo queda entre robinsones. La recepción de la obra de Defoe creó escuela: quizá el pistoletazo de salida lo dieron los cuatro volúmenes de *La isla Felsenburg* (1731/1743) del alemán Johann Gottfried Schnabel (1692-1752). A partir de

⁸ Anterior al éxito del bestseller del mismo tema, *Papillon* (1969) de Henri Charrière.

⁹ Woodes Rogers (1712): *A Cruising Voyage Round the World*, Londres, Andrew Bell.

¹⁰ Muy editada en toda Europa. Hubo una traducción de Sir Paul Rycaut, *The Royal Commentaries of Perú*, Londres, 1688, aunque la primera traducción al inglés data de 1625.

¹¹ Y un símbolo del colonialismo y del capitalismo y muchas más cosas. No me resisto a reproducir unas palabras de James Joyce de una conferencia impartida en Trieste en 1912: “El verdadero símbolo de la conquista británica es Robinson Crusoe, quien, abandonado en una isla desierta con un cuchillo y una pipa en el bolsillo, se convierte en arquitecto, carpintero, afilador, astrónomo, panadero, alfarero, guarnicionero, agricultor, sastre, talabartero y clérigo. Él es el verdadero prototipo del colono británico, como Viernes es el símbolo de las razas sometidas. Todo el espíritu anglosajón está en Crusoe: la independencia viril, la crueldad inconsciente, la persistencia, la inteligencia lenta pero eficiente, la religiosidad utilitaria y bien equilibrada, el cálculo taciturno... Quien relee este sencillo libro, visto a la luz de la historia posterior, no puede dejar de caer en su hechizo profético.”

¹² El personaje de Defoe sobrevive en una isla en el delta del Orinoco, más cerca por tanto de la isla caribeña donde sobrevivió el náufrago Pedro Serrano.

entonces ha habido robinsones de todo pelaje y en todos los idiomas, dando origen al subgénero de la robinsonada¹³.

Casi a punto de naufragar en otra ínsula extraña, debo volver al Atlas, enfermo de islofilia, para aislarme en mi isla. Un lector es un náufrago que llega a un libro, que abre una isla. Cada libro es una isla que está esperando a un lector naufragante. ¿Qué isla te llevarías a un libro como este?

Málaga, mayo de 2017

¹³ Claudio Magris, tras dar algunos datos (la obra de Defoe está traducida a 110 lenguas y existen entre 200 y 250 imitaciones o adaptaciones), confiesa haber leído un centenar (!) de estas robinsonaden. Puede leerse en su artículo “Todos somos Robinson Crusoe”, en la revista en línea *Nexos* (01/08/2005), <http://www.nexos.com.mx/?p=11596>.